

Sumario

A partir del análisis de la exhortación, se descubre para nosotros, que ante los grandes desafíos que vivimos en nuestro continente, hemos de ser hoy más que nunca, conscientes, de que la única globalización posible que no excluye a nadie, es la "globalización de la solidaridad", para así, hacer posible entre nosotros, la construcción de una sociedad en términos humanos, donde se respete la dignidad de toda la humanidad.

La globalización de la solidaridad, un desafío para la Iglesia del Tercer Milenio

Mons. Óscar Andrés Rodríguez, sdb
Arzobispo metropolitano de Tegucigalpa, Honduras

Todos se preguntan, luego de haber escuchado la carga informativa y aún aquella analítica que despierta el tema de la globalización, por las líneas concretas de acción, por ese definitivo "Qué Hacer" que constituye la clave del desarrollo de la Sociedad del futuro.

Contra toda mi costumbre -puesto que me gustan la estética y en ella la poesía- debo afirmar que corremos el riesgo de dejarnos embolatar, de perdernos en el laberinto de una sensiblería barata -por un lado- y aún en los equívocos de una empaquetadura de alta calidad poética cuando hablamos del Siglo XXI, del Tercer Milenio, del Jubileo, de la apoteosis de la historia.

Si ustedes miran con detenimiento los grandes ganadores, los depositarios del usufructo del tema son los publicistas y las agencias de medios de comunicación y, cómo no, aquellos que como dueños de ellas orientan una estrategia que les permita manejar a su favor las expectativas, interrogantes, aspiraciones y sueños que se despiertan frente al nuevo Milenio.

1. Ser y aparecer

Y es aquí donde debemos ser muy claros al distinguir entre lo externo y el interno de los acontecimientos de la historia y del desarrollo de la sociedad; entre el ser y el aparecer, entre el adentro y el afuera, entre el interior del corazón y la expresión "*ex abundantia cordis os loquitur*"; este es un pensamiento válido que corre el riesgo de ser derrotado por la cosmética, por los asesores de imagen o como algunos dicen por "la consultoría de realidad"

Hay "democracias" que no son democracias pero aparecen como tales; hay deshonestos que parecen honestos: hay injustos que han comprado los hábitos de la justicia y llevan la ley escrita en

el borde de sus vestiduras; hay generosos que reparten en determinadas fechas parte de aquello que le han quitado al trabajador y al empleado durante el año; hay cooperación que no es cooperación sino sometimiento; hay quienes lloran junto a las víctimas de una catástrofe que les permite -empero- lucrarse económicamente.

En síntesis hoy nos debatimos en ese terrible juego entre el *ser* y el *aparecer* y, si me perdonan el gracejo, es cada vez menos cierto el dicho popular que afirma que “aunque la mona se vista de seda mona siempre se queda” porque el “vestido” ha llegado a encubrir con tanta maestría al simio que puede seguir viviendo entre nosotros.

Hay entre los editores un pensamiento claro: -no importa lo que haya en el libro, lo importante es como se edite-. El poder de la edición -el asesor de imagen empresarial o personal- es irrefutable. Esto es lo que permite a unos encubrir una economía injusta y hacerla aparecer como economía solidaria; una guerrilla como liberadora siendo violenta y portadora de una nueva forma de opresión.

Es preciso que nos demos cuenta que hemos llegado, ahora más que nunca, al reino de “los sepulcros blanqueados”, a esa verdad inconfundible de que “no todo el que dice Señor, Señor entrará en el Reino de los Cielos”.

Es preciso aprender, entonces, a preguntar ¿Qué hay detrás de la imagen?

Esto es preciso preguntarlo ahora y mañana frente a un tema tan definitivo como la globalización, el Tercer Milenio, la integración, la apertura, el Jubileo, etc.

Hemos escuchado importantes planteamientos sobre posibilidades y riesgos, sobre desafíos y retos de la globalización, sobre metodologías y posibilidades. A propósito, qué bueno sería acudir con mayor frecuencia a esa excelente Obra de Juan Eduardo Cirlot llamada el *Diccionario de los Símbolos* para que aprendiéramos el equilibrio que debe haber entre el Ser y el aparecer; para que sepamos que si se le quita a un símbolo el hilo conductor que lo une al

significado todo desaparece (Quiero darles un ejemplo: hay personas que llevan el símbolo de la cruz sin saber de la fe que la soporta).

2. Globalización de los medios y los fines

Dicho esto vayamos al asunto. Desde *Tertio Millennio Adveniente*, llegando al "mensaje postsinodal" y mediando todos los pronunciamientos pontificios es muy clara la postura del Santo Padre y de la Iglesia: la única globalización posible para construir una sociedad en términos humanos es aquella de la solidaridad.

Vayamos despacio: siendo realistas tenemos que aceptar que es posible que funcione una sola economía global; (la historia respalda esta ambición de los imperios); es posible que se pueda diseñar un sistema global de información igualmente globalizado (la historia respalda también esta ambición de los imperios); es posible que haya una "cultura" globalizada (la historia respalda también esta ambición de los imperios); es posible la globalización de la ciencia y de la tecnología.

¿Podremos, acaso, oponernos a esto? Sí y No.

Es preciso que nos entendamos y fijemos cauces a la reflexión. Cuando se habla de economía, de ciencia, de tecnología, de cultura, de educación estamos hablando de instrumentos; también hablamos de instrumentos cuando hablamos del poder y de la política. Yo recuerdo muy bien que Ludwig Erhard afirmaba que la política económica no existía sino tan solo la política y decía que detrás de ésta siempre hay una idea de ser humano que debe ser realizada.

Globalizar instrumentos es lícito siempre que esos instrumentos no sustituyan a los valores.

Hoy se dice que luego de la terminación de la guerra fría y de la confrontación entre capitalismo y marxismo la única ideología es el mercado. Esa es una perversión porque si se hace del mercado - que es un instrumento- una ideología se pone al hombre y a los demás instrumentos a trabajar por el éxito del mercado.

La clave está en que terminada la lucha ideológica el centro, el punto nodal, debiera haber sido ocupado por el hombre para dar lugar a la aparición de un "nuevo humanismo" y yo debo decir que para nosotros esa meta es en buena parte el sentido de la "nueva Evangelización".

La confrontación hoy día está dada entre el Ser humano y el Mercado; ambas tendencias están alineando sus fuerzas y es lo que la gente llama (con propiedad o no) Humanismo Cristiano y Neoliberalismo.

Ambas tendencias aspiran a globalizarse, pero es muy diferente la globalización de los fines a la globalización de los medios. Entonces hay que optar entre lo uno y lo otro.

Atención: cuando se habla del mercado no es que haya una ausencia de "ser humano" sino un ser humano unido al carro de la economía: atraído por el sortilegio del consumo, del hedonismo, de la diversión, vinculado al egoísmo de quien tiene que "abortar" competidores que lleguen a quitarle el sueño y lo convoquen a responsabilidades: en fin el mercado en su racionalidad es el que determina cual es la capacidad -el cupo- de pasajeros en el viaje sobre el planeta tierra.

Cuando, en cambio, se habla del ser humano como idea rectora del existir, "para nosotros en la Iglesia el camino es el hombre" todos los instrumentos deben alinearse en una "espléndida simetría" aquello que se denomina la ética de los fines y la ética de los medios. Así resulta que no está el hombre para la economía sino la economía para el hombre.

3. Globalizar la centralidad del ser humano

Globalizar la centralidad del ser humano, darle la prioridad que él merece por su origen y por su fin conduce a la revaloración del concepto de "comunidad" como "comunidad internacional" que se ha "acordado -puesto de acuerdo- en alcanzar justa y dignamente la utopía o sueño que se ha fijado. Solo si somos una sola especie, una sola comunidad de seres humanos podrá nacer la

globalización de la Solidaridad como instrumento del “ascenso de todo el ser humano”.

Hablar de la globalización de la solidaridad sin definir quienes somos en el mundo y sin definir un sentido de la vida que nos congregue en un solo esfuerzo es retórica fácil.

Redemptor Hominis -primera carta encíclica de Juan Pablo II- es clave para comprender en torno a quién y para qué se produce la globalización de la solidaridad que si se atiende al pensamiento de la Iglesia implica la solidaridad con la vida, la solidaridad con los derechos humanos, la solidaridad con la paz, la solidaridad en la verdad, en la libertad y en la justicia.

A todo esto se orientaría legítimamente un proceso de globalización en todos los campos, porque las orillas del cauce que lo regularía y lo contendría, estará definido por una finalidad por todos compartida.

A todo esto se refiere el clarividente mensaje del papa del 1º de enero de este año y ese llamado explícito a darle al mercado el puesto que le corresponde en la globalización: “la rápida carrera hacia la globalización de los sistemas económicos y financieros hace urgente la necesidad de establecer quién debe garantizar el bien común global y la actuación de los derechos económicos y sociales”. El Papa es muy claro igualmente al afirmar taxativamente: “el libre mercado por si solo no lo puede hacer”.

En el número 52 del texto preparatorio del Sínodo, se dice: “la encarnación del Hijo de Dios es la expresión más grande de la solidaridad del Dios de la Alianza con la humanidad pecadora”.

4. Globalizar la solidaridad

Sin embargo, somos testigos de una gran paradoja: en un mundo que se globaliza cada día más en los distintos campos de la actividad humana, se vive sin embargo el aumento de la exclusión en todos los órdenes. Al mismo tiempo que aumenta la prosperidad, también aumenta la pobreza.

En estas circunstancias el desarrollo se vuelve una exigencia moral de connotaciones universales que implica una acción de conjunto. Las iniciativas individuales y locales no son suficientes. En este aspecto, el aporte principal de la Iglesia es aquello que posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad. Pero también la Buena Nueva de la Solidaridad, constituye la gran respuesta de la Iglesia a los desafíos de la exclusión. La Solidaridad no es una simple disposición filantrópica o benevolente. Es la auténtica respuesta cristiana al problema de la pobreza. Es una actitud moral y social. Es una virtud que debe cultivarse, y como nos dice el Santo Padre "es la determinación firme y perseverante de empeñarse en el bien común... para que todos seamos verdaderamente responsables de todos" (SRS 38).

En un mundo globalizado, la solidaridad también debe globalizarse. Juan Pablo II dirigiéndose a los participantes en la asamblea plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales el 25 de abril de 1997, después de haber recordado el trigésimo aniversario de la *Populorum Progressio*, les dice expresamente: Cuanto más global es el mercado, tanto más debe equilibrarse mediante una cultura "global" de la solidaridad, atenta a las necesidades de los más débiles.

La Conferencia Católica de Estados Unidos en su mensaje sobre responsabilidad política, afirma: "...nosotros somos una familia humana, a pesar de las diferencias de nacionalidad o raza; los pobres no son una carga, son nuestros hermanos y hermanas. El amar a nuestro prójimo tiene dimensiones globales en la década de los 90".

Pero anunciar la Buena Nueva de la Solidaridad debe hacerse con palabras y con hechos.

Debemos impulsar decididamente todos los programas para restablecer la centralidad de la Solidaridad, de la corresponsabilidad para que en los corazones de los ciudadanos y de las sociedades, sobre todo en los países más desarrollados, se tome conciencia de que somos una sola familia humana. Una conciencia que solamente se puede sostener con la colaboración de todos los esfuerzos co-

munes. Por eso nos toca verdaderamente anunciar el Evangelio de la solidaridad en una economía globalizada y privatizada.

Yo comprendo muy bien el problema de quienes no ven nada ni antes ni después de la economía pero la honradez nos exige pensar en que una economía no puede llamarse moderna si tan solo concentra la riqueza en unos y la pobreza en otros; una economía no puede ser moderna si produce desempleo y desbarata los valores; una economía no puede ser moderna si produce desempleo... y menos aún puede llamarse "globalizada" y esperar apoyo si está dividiendo a la humanidad en "incluidos" y "excluidos".

Espero que no se entienda mal; no estamos contra el mercado porque no es la espada la que mata sino el victimario que la maneja. No podemos aceptar que se nos diga: "que le vamos a hacer, es el mercado", "que le vamos a hacer, son las leyes económicas". Aquí hay una petición de principios: si el resultado del mercado es la injusticia social y la pobreza hay que cambiar las leyes del mercado. O es que se quiere volver, en la globalización, a la pretensión del mercado como genio creador. El hombre debe cambiar el mercado ya que de otra manera llegaríamos a la escandalosa paradoja de tener que acabar con el hombre para que el mercado viva.

La globalización puede en efecto ser una época nueva del desarrollo de la civilización humana si es orientada a que se tenga vida y calidad de vida. El Ser Humano debe ser su finalidad inequívoca: el desarrollo como ecología humana debe ser su expresión palpable y la solidaridad su instrumento evidente y propicio.

5. Globalización de la Redención

Quiero terminar citando el número 55 de la Exhortación Apostólica Postsinodal, *Ecclesia in America*, entregada en el Santuario de Guadalupe el pasado día 23 de enero: "El complejo fenómeno de la globalización, como he recordado más arriba, es una de las características del mundo actual, perceptible especialmente en América. Dentro de esta realidad polifacética, tiene gran importancia el aspecto económico. Con su doctrina social, la Iglesia ofrece una valiosa contribución a la problemática que presenta la actual

economía globalizada. Su visión moral en esta materia se apoya en las tres piedras angulares fundamentales de la dignidad humana, la solidaridad y la subsidiariedad. La economía globalizada debe ser analizada a la luz de los principios de la justicia social, respetando la opción preferencial por los pobres, que han de ser capacitados para protegerse en una economía globalizada, y ante las exigencias del bien común internacional. En realidad, 'la doctrina social de la Iglesia es la visión moral que intenta asistir a los gobiernos, a las instituciones y las organizaciones privadas para que configuren un futuro congruente con la dignidad de cada persona. A través de este prisma se pueden valorar las cuestiones que se refieren a la deuda externa de las naciones, a la corrupción política interna y a la discriminación dentro (de la propia nación) y entre las naciones.

La Iglesia en América está llamada no sólo a promover una mayor integración entre las naciones, contribuyendo de este modo a crear una verdadera cultura globalizada de la solidaridad, sino también a colaborar con los medios legítimos en la reducción de los efectos negativos de la globalización, como son el dominio de los mas fuertes sobre los mas débiles, especialmente en el campo económico y la pérdida de los valores de las culturas locales en favor de una mal entendida homogeneización.

El camino está abierto, la discusión abunda, las posiciones se cruzan y al final tomando en las manos el Evangelio descubrimos renovada la magnífica idea y la realidad innegable de la "globalización de la Redención" que al hacernos hijos de Dios y hermanos entre nosotros demanda que todo lo demás que se globalice por esfuerzo y decisión humana no atente contra la única globalización que nos permite ese magnífico plural que cotidianamente pronunciamos cuando decimos "Padre nuestro que estas en el cielo".

Dirección del autor:
Arzobispado de Tegucigalpa
3 y 2 Avenida 1113
Apartado Postal 106
E-mail: arzobispad@arquidiocesistegu.org
Tegucigalpa - Honduras